

Carlos Monsiváis JUAN DE DIOS PEZA

“¡INOCENCIA! ¡NIÑEZ! ¡DICHOSOS NOMBRES!
AMO TUS GOCES, BUSCO TUS CARÍÑOS”

¿Para qué leer hoy a Juan de Dios Peza? De entrada, el nombre evoca un mundo de fechas fijas: tertulias de sonora intimidad, rumor de complacencia ante el niño que avanza al centro de la sala con todas las intenciones de recitar, satisfacción del jefe de la casa al ver la adoración que le profesa su parentela, embeleso ante las ocurrencias infantiles, álbumes viejos con cálidas dedicatorias, la Bella Época de una concepción tradicionalista de la familia, la propiedad privada, el Estado. En el ámbito donde la sumisión adopta poses tiernas, y la dulcedumbre oculta la ferocidad del patriarcado, Peza conjuga dos instancias culturales: la nueva definición social de la niñez y la declamación como una de las bellas artes (hoy se diría “como uno de los mass-media”). Es el poeta que las familias necesitan y el declamador sin maestro, y el doble desempeño propicia la confusión masiva que ve poesía en sus versos, que sufre “pasma estético” ante los esfuerzos rimados. En un país de analfabetos, la cultura oral persuade, orienta, incita. En voz viva se transmiten la sabiduría ancestral, los secretos de Estado, los poemas que iluminan y educan. En un medio subyugado por la brillantez del verbo, oradores y declamadores son emblemas, encarnaciones del saber y el pensar, y la poesía no es relación íntima sino pública, no lo que ocurre entre un autor y un lector, sino lo que se da, con fogosidad, entre un profeta y una sociedad, el don de vivificar dramáticamente emociones y sensaciones. Peza, en este panorama, arrebatada a los públicos, estrena sus composiciones en teatros pletóricos, improvisa, conmueve a los poderosos y a los desposeídos, industrializa lamentos y dolores, seguro del afecto de quienes lo juzgan el gran traductor de sus arrebatos cotidianos. Las ediciones de sus libros se agotan y los versos, memorizados sin piedad, resucitan en cada fiesta escolar. Una sociedad cree en sus palabras, que le transmiten la esencia plena de la vida: “mojé mi pluma en la invisible sangre del alma”.

I

Juan de Dios Peza nace en la ciudad de México en 1852. Su padre, miembro del partido conservador, es consejero del emperador Maximiliano y ministro de Hacienda, lo que al triunfo de la República le acarrea rechazo y arrinconamiento (“la amarga proscripción y la tristeza / en su alma abrieron incurable herida”). Obligadamente, Peza en su niñez ve muy de cerca las luchas de Reforma y de tal experiencia deriva un ánimo de conciliación y un tibio liberalismo. Desde la Escuela Nacional Preparatoria, se hace discípulo de Ignacio Ramírez, centro de la actividad intelectual. Entonces es posible que un adolescente se acerque a las grandes figuras, si demuestra su amor por la poesía. Peza a los 15 años fre-

cuenta en las tertulias a Ramírez, a Ignacio Manuel Altamirano, a Guillermo Prieto y, mientras, pasa de la Escuela de Agricultura a la de Medicina y de allí, definitivamente, a la literatura y el periodismo. El gran acontecimiento de su juventud: el suicidio de Manuel Acuña, su compañero de Medicina. En el entierro es uno de los diez oradores: “Tenía yo entonces veintiún años y hablé llorando”. México es una ciudad pequeña, donde los jóvenes literatos se tratan hasta el hartazgo, se leen sus composiciones apenas las terminan, se confían cuitas y aspiraciones de grandeza con la certeza de que el confidente sabrá transmitir las —respetuosamente— a la posteridad. Darse a conocer en el círculo selecto es relativamente fácil; no lo es tanto disponer de una popularidad como la de Peza, que pronto se evade del ghetto literario para entrar en contacto con un público de “legos” cuya admiración persistirá, acrecentada, durante décadas. Para esos fans, Peza labora exhaustivamente: escribe obras de teatro, produce monólogos para beneficios de actores, vierte en todo homenaje una poesía conmemorativa. También es editor de *El Búcaro* (1873) y director de *El Mundo Ilustrado*. En 1878 es segundo secretario de la Legación de México en España, siendo embajador el general Ramón Corral. En Madrid publica una antología: *La lira mexicana* y colabora en periódicos y revistas.

II

En 1874, Ignacio Ramírez prologa precautoriamente las *Poesías* de Peza:

Fíjese usted, amigo mío, en que usted se eleva sobre sus jóvenes rivales siempre que retrata una hermosura real, cuando lamenta una desgracia que le ha dejado visibles cicatrices o cuando saborea en el cáliz del recuerdo las últimas gotas de un festín amoroso; sus versos entonces si gozosos, son el canto de una virgen, si tristes, aparecen escritos con sangre. Cuando usted se ausenta de sí mismo por seguir mejores modelos se cansa y se extravía.

Permanecer en uno mismo. El Nigromante proporciona una clave del tumultuoso éxito de Peza, la sinceridad. ¿Quién que es no es romántico? ¿Y quién que es romántico no confiesa en pleno desbordamiento sus ideales, devociones y tristezas? En este sentido, da igual que los lectores creen o no en la sinceridad de Peza; a ellos les importa su propia y estremeada voluntad de apropiarse de aquellas expresiones que le dan continuidad verbal a sus sentimientos, y gracias a Peza asisten a la transfiguración de su vida hogareña, un beso infantil refresca el espíritu doliente, y los primeros pasos de una niña son las alas batientes del ángel del hogar. Eso explica entre otras cosas, la sobrevivencia de la poesía romántica: por ellas un público maneja el idioma insustituible de sus propias emociones.

Peza, tradicionalista, pertenece a la última oleada romántica y sus arquetipos visibles son Campoamor, Núñez de Arce, Bécquer, Antonio Grilo. Pero su romanticismo usa de las pasiones colectivas y de las individuales, va de la visión religiosa de lo cotidiano al amor patrio. El es igualmente fluido en las devociones privadas y en la fe patriótica. Así dice:

¡El hogar es un templo! Los pesares
que da en su derredor la tumba impía
se convierten llegando a sus altares
en gérmenes de paz y de alegría.
De "Con mis hijos".

y usa idéntico alborozo al festejar la epopeya a dúo:

Juntos el mejicano y el ibero
tener debieron, en mejores días,
¡para cantar su patriotismo, a Homero!
¡Para llorar sus duelos, a Isaías!
Hoy la gloria con bellos arreboles
ilumina enlazadas nuestras manos:
¡Honor eterno a Méjico, españoles!
¡Honor eterno a España, mejicanos!
De "Méjico y España"

Peza, ídolo de la calle y los salones. Ignacio Manuel Altamirano, el Maestro por antonomasia, acude a su encubramiento: "Juan de Dios Peza es un joven poeta de gran nombre, pero de un porvenir más lisonjero todavía, es el favorito ahora del público mexicano". Se le traduce al inglés, al francés, al alemán, al italiano, al húngaro, al japonés, al ruso. "Ninguno tal vez —dice Luis G. Urbina— de los poetas mexicanos pudo, como Peza, salvar las distancias, trasponer los límites geográficos y filosóficos, e ir a despertar una emoción en tierras remotas y en lejanos idiomas". Su popularidad, refiere Porfirio Martínez Peñaloza en su excelente ensayo, fue tan grande que sometió a repetidas piraterías editoriales una obra abundante: *Poesías*, 1874, prólogo de Ignacio Ramírez; *Horas de pasión*, 1876; *Canto a la Patria*, 1876; *Cantos del hogar*, 1884; *Algunos versos inéditos*, 1885; *Dos reales de versos festivos*, 1888; *La musa de viaje*, 1889; *Hojas de margarita*, 1910. En 1890, la casa Garnier Hermanos, de París, publica sus *Poesías completas* en cuatro tomos: *Hogar y patria*, *El arpa del amor*, *Recuerdos y esperanzas*, *Flores del alma y versos festivos*.

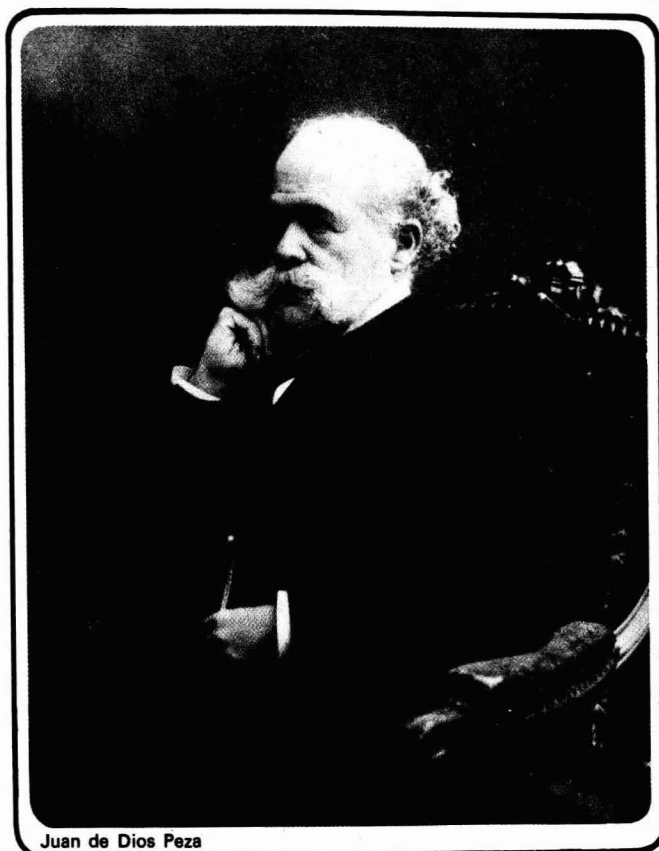
De la cortesanía intelectual del porfirismo, Peza no se exime. Sin titubeos —recuerda Olavarria y Ferrari— exalta a la señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz, en ocasión de uno de sus actos de misericordia, la fundación de la *Casa amiga de la obrera*.

Una egregia y noble dama
cuyo nombre brilla al par
en el templo del hogar
y en el templo de la fama,
para su pueblo reclama
caridad, celo y amor,
y en testimonio mejor
de sus afanes prolijos,
abre un hogar a los hijos
del pueblo trabajador.

Y del júbilo conmemorativo no podía exceptuarse al dictador, Peza lo celebra en 1887:

Siempre halló con su espada la victoria,
la paz con su talento consolida,
y hoy a su patria da, lleno de gloria,
renombre, bienestar, progreso y vida.

De "Porfirio Díaz".



Juan de Dios Peza

En el intermedio, una tragedia íntima sobre la que casi nada se ha escrito. La mujer de Peza lo abandona y éste cambia el nombre de la hija mayor, de María (igual a la madre) a Concepción:

¡Ay! Yo sé por mis libros de lectura
que estudio en mis mayores regocijos,
que ni los tigres en la selva oscura
dejan abandonados a sus hijos.

De "El cuento de Margot".

En sus últimos años, atacado, negado por los jóvenes, Peza vive el reconocimiento público y el desencanto. Muere en la ciudad de México en 1910.

III

En 1888, el crítico Manuel Puga y Acal (Brummel) dedica la primera serie de *Los poetas mexicanos contemporáneos* a Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera y Juan de Dios Peza. En su examen de Peza, Puga y Acal lo declara el poeta más popular entre los mexicanos, pero de entrada, le fastidia la desmesura del yo: "No nos interesan ni nos conmueven las obras en que el autor dice cómo él mismo vive y siente, sino cuando el autor vive y siente como nosotros". Y más fastidiosos le parecen los *poetas personales* que no hallan en derredor suyo nada tan interesante como su propia persona: "y ganas dan a veces de decirles: Puesto que sólo usted se mira, léase usted sólo. Y si tal sucediera, ese sería el justo castigo de tanto egoísmo".

A Puga y Acal el procedimiento literario de Peza le resulta anticuado, propio de Zorrilla y Espronceda. Ellos *bordan el vacío*, vierten cuantiosamente palabras sonoras, sustituyen la poesía con la versificación. "Los poetas de esa escuela —tos-



ca caricatura del romanticismo francés— no se cuidan de la idea, pues que pueden pasarse sin ella, ni de la forma, pues que, siendo su principal objeto producir por medio de la armoniosa combinación de las palabras, una impresión inconsciente, más bien en los auditorios que en los lectores, la gramática en todas sus partes, hasta en la analogía puede ser violada”. Según Puga, la armonía es el principal mérito de las obras de Peza: “Todos lo hemos visto, en las fiestas patrióticas y en otras muchas ocasiones, arrancar al público espontáneos y ruidosísimos aplausos con la lectura de composiciones que no resisten el examen y que él mismo, a las veces, no se atreve a publicar. Y la causa de esto es, evidentemente, que para nuestro público, analfabético, que tiene una idea falsa y en extremo confusa del arte, la poesía no es más que una combinación musical de palabras”. Al final Puga le perdona la vida. Hombres como Peza son útiles para popularizar, propagar el arte de una nación.

Peza contesta cuatro días después, sin dar nombres:

Lo veo y lo comprendo más, cuando mido la cantidad de ponzoñosa envidia de esos reptiles negros o blancos que disfrazados de críticos, les salen al paso a los autores con la desfachatez y la osadía con que en nuestros antiguos caminos se presentaban a desvalijar la diligencia los ladrones de Río Frío o del Monte de las Cruces.

Destrozar nuestra rica lengua ensartando pensamientos disparatados, y destrozarla en público con la misma frialdad con que el carnicero destroza en la mesa de una carnicería la res que va a constituir el alimento de los vecinos, no tiene pena señalada en el Código; pero por vida mía que no da derecho a erguirse como maestros a los que tal hacen ni a enseñar, ni aconsejar a los que podrían enseñarles y aconsejarles desde el modo de llevar la levita y de conducirse en sociedad.

A esto responde Puga y Acal con el seudónimo de Facistol. Primero examina impiadosamente el poema de Peza a Juárez, en especial dos quintillas:

Si a mí que soy un pigmeo
sólo porque canto y creo
me muerde el vil envidioso,
harán contigo, coloso,
lo que el hombre a Prometeo.

Hormiguero de la escoria,
rateros de ajena gloria,
hay que apartarlos con fe;
¡de los muertos, con la Historia!
¡de los vivos, con el pie!

A continuación, Puga y Acal ahito de las burlas a la gramática y el “oportunismo comparativo” de Peza, concluye:

Por lo visto, el Sr. Peza, sólo porque el lenguaje poético lo autorizó a tutear a Juárez, se creyó a la altura de él y le pareció la ceremonia organizada en honor del gran patricio, oportuna ocasión para hablar de sí mismo y de sus cosas. Aunque el poeta —más bien por causa de rima que por modestia— se llame *pigmeo*, esto no justifica tamaña pretensión. Para compararse un sólo momento con Juárez, dígame el Sr. Peza, ¿a qué ejércitos ha conducido a la victoria, como Tirteo?... ¿a qué Imperio ha fustigado y por cuál ha sido proscrito, como Víctor Hugo?

Y si nada de esto ha hecho, ¿cómo se atreve a comparar y a envolver en el mismo anatema a los enemigos de Juárez, y a sus *enemigos*? Y no sólo cree Peza tener enemigos, sino que cree tener envidiosos. Tener envidiosos no es tan fácil como parece al Sr. Peza, y en todo caso, es cosa indiscutible que el que dice que los tiene, ni los tiene ni merece tenerlos.

Gutiérrez Nájera le responde conciliadoramente a Puga y Acal en una serie de artículos en *El Partido Liberal* (1888), y defiende con ardor moderado a Peza, a nombre de la pasión:

Yo diré entonces a Peza lo contrario de lo que usted le dice: sea usted siempre personal porque decae visiblemente cuando no lo es, cuando des-cuelga figuras y metáforas brillantes para construir un altar de orden suprema. El Peza amado por las madres es admirable, el Peza aplaudido por las galerías, un hombre hábil... y Peza, en sus *Cantos del hogar*, no es

Victor Hugo con sus nietezuelos, no es Amicis en pantuflas, es Peza con sus hijos. Esos niños, abriendo con sus blancas manecitas la áurea puerta de la inmortalidad para su padre, forman un cuadro sorprendente.

IV

En 1885, Gutiérrez Nájera cuenta de un poema que le ofreció a Peza para un libro *Algunos versos inéditos*, del que sólo llegó a escribir el primer cuarteto:

Concha, Juan y Margot, niños hermosos
conque alegrar tu casa al cielo plugo,
son ya para nosotros tan famosos
como Jorge y Juanita Víctor Hugo.

El poema no se concluye y Gutiérrez Nájera explica por qué: "Cantar a los pequeñitos de Peza, después de él, es como añadir sacrílegamente una cabeza de ángel en la Purísima de Murillo". Y se extiende: ni en la antigüedad ni en la Edad Media hubo ese culto poético de los niños que es enteramente moderno, y el Homero bondadoso de "esos ángeles que no acaban en los hombres" es Víctor Hugo, junto a cuyos mejores poemas, junto al *Arte de ser abuelo*, puede situarse la obra de Peza sin que palidezca. Y arremete contra la discrepancia:

Únicamente los perversos no se conmueven al recorrer tales páginas. Para esos son los cuadros lascivos y los versos borrachos de la literatura encañallada. Para esos, la sátira aguda y emponzoñada con el zumo de plantas venenosas, como las flechas de los salvajes. Su olfato no percibe el aroma de la gardenia porque está atrofiado por la atmósfera humosa del *bar-room*. Esos desgraciados ofrecieron a Ofelia cinco pesos y pondrían a Co-seta en el trono de la casa de expósitos. ¡Cuando a ellos se dirige la poesía no canta, ni habla, escupe!

De la República Restaurada a los años veintes, el hogar es el mito intocable. No que antes no lo haya sido, pero la inestabilidad política no había permitido su despliegue. Ahora, el culto a la familia como espacio de la armonía y el amor, se expande y cubre diversos sectores, extendiendo a la clase media el disfrute de una ideología que encuentra a domicilio la versión a escala del Estado o, cuando se puede, de la corte celestial. El paternalismo es el humanismo concebible:

Un mundo es el hogar, do nada es vano,
y un padre es en tal mundo el soberano
que, sin sorda ambición, sin bajo encono,
asienta en la virtud su excelso trono;
un abnegado amor sus actos mide;
para sí nada busca y nada pide,
pues cuando logra el bienestar y fama
es de los hijos que bendice y ama,
siendo, en Dios y el deber los ojos fijos,
viva imagen de Dios para sus hijos.

De "La velada".

Peza es el primero en acercarse a ese territorio inexplorado. Ya no se festejan los cantos históricos, ni en la sociedad que busca desesperadamente hacerse de virtudes tiene sentido una poesía erótica. Mejor encomiar la bondad, la pureza, "la bendición de las miradas limpias". Peza, en poesía y artículos, propaga con fervor el respeto al héroe y el amor a los padres, la identificación suprema entre familia y patria. El, lo acepta, tiene el defecto, la debilidad, el pecado de haber



nacido sensible y, por lo mismo, usará esa sensibilidad para cantar a lo recién descubierto, la niñez, ese porvenir ya despojado de sangrientas contiendas y guerras entre hermanos. El "busca sus númenes en el hogar, en la familia, en la cuna de sus hijos y en las aflicciones y en las glorias de su patria" y desea hacer libros que puedan entrar a todas partes y llegar a todas las manos. Peza dice lo que quiere decir y nunca establece distancias entre el verso y la prédica, entre las palabras y los sentimientos. A cambio, recibe la gratitud de las familias, cada padre que quiera ser "viva imagen de Dios para sus hijos" se graba sus versos o presiona a su prole para el tatuaje mental. En *Cantos del hogar* se solicita una armonía que endulce la represión que se vive, el culto bárbaro al "honor familiar". Gran parte de la literatura latinoamericana del siglo XIX con tal de no aceptar la realidad de tiranías e infiernos domésticos, urde el ensueño de la vida doméstica y en eso Peza resulta un adelantado:

Yo tengo en el hogar un soberano,
único a quien venera el alma mía;
es su corona de cabello cano,
la honra su ley y la virtud su guía.

De "Mi padre".

A la explosión liberal de la República Restaurada se le opone una decisión conservadora. Por otra parte, el proceso de la burguesía nacional requiere de virtudes "entrañables". A los poetas se les exigen roles sociales. Si Gutiérrez Nájera es el afrancesamiento (el otro país que ya debe vivir en esta misma ciudad), si Díaz Mirón es la perfección de la forma, Juan de Dios Peza será la enunciación en voz alta de los requerimientos familiares, de la nostalgia que es protesta im-

plícita contra el cambio. Por un lado, el conservadurismo; por otro, la sedimentación de las transformaciones. ¿Por qué se descubre al niño? Porque es una manera de certificar la estabilidad, la reciedumbre de una sociedad que infunde conductas responsables incluso en sus pequeños seres. Se inventa así —y *Cantos de hogar*, con sus rimas y su musicalidad previsible será un vehículo inmejorable— una niñez que es madurez aplazada o venidera, no lo visible, sino lo que ha de existir, las “pequeñas madrecitas” y los “diminutos coroneles” que anticipan a las madres abnegadas y a los viriles próceres:

¡Oh misteriosa condición humana!
siempre lo opuesto buscas en la tierra:
ya delira Margot por ser anciana,
y Juan que vive en paz, ama la guerra.

Y esta “seriedad fundamental” de la infancia se refrenda esplendorosamente en el poema distintivo de Peza: “Fusiles y muñecas” (cuyo adecuado subtítulo es “Cuadro realista”):

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños,
se entretienen con juegos tan humanos
que parecen personas desde niños.

En ayuda de Peza acude, toda la buena, la mejor, la única sociedad. En un medio nutrido en el sentimentalismo cuasimístico de *Corazón, diario de un niño* de Edmundo de Amicis, no sólo es explicable sino exigible que en uno de los primeros libros de texto, *El amigo de los niños mexicanos* (México, 1891) de Juan de la Torre, se consigne la exhortación de Concepción Gimeno de Flaquer: “El hogar de la grandeza mexicana no tiene *boudoir*, tiene santuarios; para visitarlos se debe inclinar la cabeza y doblar la rodilla... En el hogar de la mujer mexicana no hallaréis ni primores de la gente que vive *à la dernier*, siendo esclava de la moda, ni esmaltes de caprichosas futilidades, ni filigranas de la vida de placer, ni salones de coquetería; porque como la mujer mexicana no es coqueta, en su hogar todo respira santidad”. El fervorín concluye invitando a los pequeños a recitar, junto a Juan de Dios Peza: “Juan y Margot, dos ángeles hermanos...”

Para la moral prevaleciente, el primer requisito es la apariencia del hogar sólido. En las escuelas y en las casas abunda el castigo físico, los palmetazos, los encierros en cuartos oscuros, la letra con sangre entra, quien se enseña a obedecer aprenderá a mandar. En las evocaciones todo será arrullo y gratitud precoz. Es tiempo ya, es la consigna, de virtudes cotidianas que sustituyen a las hazañas. En su artículo sobre Peza (en *Los Ceros*), Vicente Riva Palacio habla de todo menos del aludido, le echa furtivamente la culpa de sus versos al “huracán de aplausos” que lo ensalza (“generalmente los hombres que extravían su camino en el perfeccionamiento moral o intelectual, lo deben a la sociedad en que se desarrollan, que de arriba viene el ejemplo y la inspiración; y si las nubes son de cieno, la lluvia no puede caer perfumada”) y remata su falsísimo elogio descubriendo en Peza una virtud que brilla como Venus en medio del estrellado firmamento: el amor filial. A lo largo de estos reconocimientos —un tanto a fuerzas— y del genuino afecto del público, Peza se establece ofreciendo literalmente la adquisición y la glorificación de los nobles sentimientos. La familia es también poesía.



V

En prosa (digo es un decir) Peza escribió obras de teatro (*La ciencia del hogar*, *Ahora Ponciano*, *Capitán Miguel*), una biografía de Altamirano y tres recopilaciones: *De la gaveta íntima* (*Memorias, reliquias y retratos*) de 1900, *Recuerdos de España* de 1904 y *Recuerdos de mi vida*, de 1907. Si algo, los artículos y crónicas de Peza extienden y solidifican sus obsesiones agregándole una insistencia muy de época: el elogio unánime. ¿Por qué criticar o disentir si lo que al país le urge es la fe en sí mismo, aquella que sólo se consigue reconociéndole méritos a las intenciones y rodeando de monumentos el mínimo logro? En *Memorias, reliquias y retratos*, Peza no tiene contención, nos recuerda que el Parnaso nacional se estremece de júbilo con cada nueva obra de sus bardos (que debe enseñarse a los extraños con el mismo orgullo con que la ilustre madre de los Gracos señalaba a éstos como sus mejores joyas), se muestra modesto y generoso, compara las producciones líricas con ramilletes de gardenias y difunde hallazgos notables, bondades quiméricas, almas nobles y elevadas. Aquí, la prosa complementa la experiencia de la poesía, y permite reconstruir desde otro ángulo el método de lectura de esos seres necesitados del masaje verbal que refrenda buenas intenciones, seguras de que la amistad “es el amor sin sexo”, incapaces de gozar la sátira o la crítica, teatrales en su vida hogareña.

Peza en sus artículos describe, de modo intencional y a su pesar, convicciones y candores de una sociedad descomunal y tímida, medrosamente colonizada. El tono lo marca el sentimentalismo; la gana de modernidad se advierte por la exigencia de nostalgias; el atraso se acentúa por el idioma común de la pretensión poética. Eso fue México en su primer siglo independiente: un asaltante de diligencias que se conmueve al

descubrir entre sus víctimas a un compañero de escuela/un diente de la calavera de Manuel Acuña es enviado a su madre como amorosa reliquia/Vicente Riva Palacio dicta sus creaciones a un amanuense rodeado de amigos en su biblioteca / una lavandera naturalmente anónima costea un monumento funerario para un poeta / en el entierro de Acuña el carro fúnebre más elegante de la capital lleva en su remate una lira de oro con las cuerdas rotas / los niños juegan a la batalla entre Zaragoza y Laurencez / en las veladas literarias se estrenan semanalmente poemas, canciones, valses / un viejo soldado insurgente se ufana de haber sido quien mejor le calzaba las botas al generalísimo Morelos / las primeras lamentaciones por el México desaparecido indican la sorpresa ante un cambio que precipita el ferrocarril: "ya para ir a mudar temperamento no se carga con la cocina de la casa ni se prepara como si a morir fuera toda una familia".

Juan de Dios Peza es el héroe sentimental de su libro. Reñiere, con la humildad verdadera de quien se sabe en el centro del proscenio, su generosidad, su patriotismo, sus dones amistosos, su celo familiar, su comprensión de la poesía. El se siente viviendo efectivamente en un Parnaso, donde todos se conocen y se quieren (así existan, como se ha visto, "viboras" de la índole de Puga y Alcalá) y en donde la admiración mutua es parte de los requisitos de fundación: si vamos a hacer de esto una gran nación, es preciso que nos demos cuenta que somos sus primeros grandes ciudadanos. La política de la fe nacional se apoya en la evidencia de los hombres de la Reforma (Ramírez, Prieto, Altamirano) y desde allí derrama su optimismo sobre quien quiera que escriba, pinte, estudie, componga, toque un instrumento, quiera a su patria, sea juzgada gentil o hermosa. Se vive todavía un *nacionalismo de adopción*. Adoptemos a México, hagamos crecer a este niño magnífico, disculpémosle sus errores, vigoricemos y pregonemos sus aciertos, regocijémonos por su futuro, veneremos su tradición. Y *tradición*, para Peza, es aquello que compartimos amorosamente, no lo que se cree o se deja de creer en común, sino lo que ha sobrevivido pese a todo, lo que no podemos abandonar porque ha seguido a nuestro lado, el recuerdo de los padres, la tragedia de Carlota y Maximiliano, el desgarramiento del alma al pensar en México desde extrañas tierras, la valentía de los soldados, las fiestas de Noche Buena, la memoria de los oradores sagrados... Peza, en España, se encuentra a una señora dueña de un escapulario con la Virgen de Guadalupe y se conmueve, no por su fe o por su falta de fe, sino por la patria recobrada en un instante, ante una imagen:

Ví a través de la distancia una tierra toda mía, unos indios desnudos que me parecían hermosos a la luz del recuerdo, un hogar con mi madre y mis hermanos rezando delante de esa misma Virgen y sobre esa tierra, sobre esos indios, sobre ese hogar lejano un heroico sacerdote coronado de canas, de semblante dulcísimo, de mirada de apóstol, empuñando el estandarte en que aparece esa virgen indita... Ese anciano era el cura de Dolores gritando: ¡Viva México! ¡Viva la Independencia! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!...

—¿Sois un católico muy ferviente?

—Soy mexicano, ausente de la patria, y se avivan mis sentimientos de tal suerte mirando esta imagen, que comprendo al aragonés que decía: "yo no creo en nadie, soy ateo, pero al que me hable mal de la Virgen del Pilar, le pego un tiro". La mujer se desprendió del cuello la envejecida y sucia prenda, la puso en mis manos, y sin avergonzarme de aquel arranque íntimo, besé la histórica imagen.

Creí en tal instante escuchar en mi derredor un coro angélico. Era que besaba muy lejos de la Patria, del hogar y de mis amigos, el estandarte de Hidalgo, la frente de mi madre y de mis hermanos que había visto alzarse con júbilo en el templo del Tepeyac los días 12 de diciembre, a recibir la bendición de la protectora de Juan Diego, era que besaba todos los recuerdos de mi niñez todos los nombres de mis amigos íntimos, toda la

poesía y la esperanza del nuevo culto de la raza indígena que cree que esa Virgen de tez morena y ojos negros es su amparo y su defensa.

En "Pobre pescadora".

Hoy no resultan tolerables o comprensibles tales efusiones, pero en las últimas décadas del XIX, lo que nos resulta "chantaje sentimental" fue lenguaje compartido, el habla simbólica de conocimientos y reconocimientos. Todo quedaba muy cerca: la amistad, la religión, la historia, la patria, el amor, la poesía, la familia. Y Peza fue indudablemente sincero porque entonces no había márgenes sociales, espacios de disidencias extremas. Ignacio Ramírez podía deificar a la naturaleza ("Vuelvo a tí sin temores ni esperanza") y proclamar su ateísmo, pero respetaba a la familia, prologaba a Peza y, sometido a la retórica, esparcía a los pies de la diosa incienso y flores. Un liberado miembro del gabinete de Comonfort decía, al ofrecérsele la hostia en una ceremonia: "Gracias, no acostumbro", pero la norma era la unidad, el sometimiento a la herencia moral, la falta de sentido del humor ante la urbanidad y las buenas maneras. Juan de Dios Peza, quizá, por sus deméritos literarios, representó óptimamente esa *negativa de distanciamiento* de una sociedad recién constituida. No hay que separarse de lo que somos, de lo que hemos sido. Todavía no es tiempo. Aún necesitamos lares y penates:

Yo amo —exclamó Peza— más que nadie el progreso material de los pueblos, y sueño en que al nuestro lo lleve a su mayor engrandecimiento; que le reforme si se quiere sus hábitos, pero que le deje incólumes su idioma, su libertad y el amor a la familia y a la patria.

Peza, "aparato ideológico del Estado". Si así se quiere ver, no hay inconveniente. El, en efecto, sirvió de "maravilla al propósito porfirista de sustentarse en la familia y el culto a los héroes". Pero, en verdad, lo que Peza hizo fue capitalizar literariamente las demandas de estabilidad de una clase en expansión harta de guerras, ávida del reconocimiento internacional, ligada profundamente a su pasado inmediato, estupefacta ante su grandeza inminente. ¿Qué mejor que persuadir a estos mexicanos ya sedentarios de que su triunfo se iniciaba en casa, de que su sacrificio (cualquiera que éste fuese) no había sido en vano ya que sus hijos creerían en la paz, y que su vida íntima sería —a ojos vistos— el manantial de pureza nacional? Sin mayores transiciones se pasó, programáticamente, de la emoción histórica a las satisfacciones inéditas de lo cotidiano:

No existe para mí dicha ninguna mayor que aquella que alumbró mi vida en la primera vez que de tu cuna te alcé en mis brazos, te besé dormida.

De "Cambio de nombre".

Desde esta perspectiva, la comprensión de una moral social y un gusto literario sostenido en la autocomplacencia, es dable leer provechosamente a Peza, ese antiguo bestseller hoy casi desconocido. Según José Emilio Pacheco, los *Cantos del hogar* no pueden ser atacados como poesía porque no son sino relatos puestos en verso. En forma similar, Juan de Dios Peza no debe ser criticado como escritor. El no fue sino un registro enardecido de la sociedad que no desdenaba acudir a la rima y a la confesión desgarradora para afianzar su respetabilidad y sus métodos de comprensión emocional.

Departamento de Investigaciones Históricas
I.N.A.H.